

FRANCISCO CAFFERA

(1859 - 1933)

Dr. Héctor Brazeiro Díez

Nace en Montevideo, en la Aguada, el 7 de junio de 1859, hijo del genovés Felipe Caffera. Fueron tres hermanos.

De la raza de genoveses heredó Francisco su amor a la Naturaleza y a la tierra. Por eso, cuando el español Juan de Cominges, jardinero del Rey, llegó a estas playas para organizar la Escuela Agrícola, fue junto con Abadía, de quien terminó por ser cuñado uno de los primeros anotados.

La enseñanza agrícola que daba Cominges era la botánica teórica con prácticas que haría cada uno por su lado. Francisco y Abadía la hicieron en lo de Margat, sobre el camino Burgues, cercano a la huerta familiar del Reducto.

Así, a los 18 años, ya fue Perito Agrónomo, como lo acredita el diploma firmado por el Dr. Gualberto Méndez, que era Ministro de Exterior, Culto y Enseñanza.

Pero no le bastaba con esto y también cultivó su espíritu. Paralelamente hizo práctica escolar, y en 1880 recibe su título de Maestro de 1er. Grado, para desempeñarse en la Escuela N° 17, de 1er. Grado, en la Aguada.

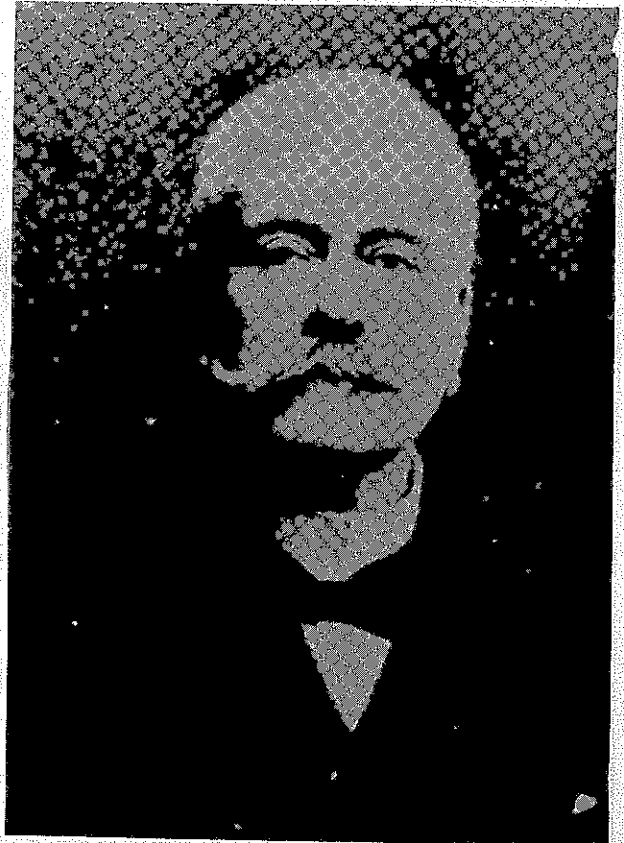
Su vocación docente lo siguió toda la vida, dándole amable dulzura a su enseñanza cuando llegó a Profesor en la Facultad de Medicina.

Pronto y mediante concurso ascendió a Maestro de 2º Grado, ocupando la Dirección de la Escuela N° 17, donde ya venía actuando.

Su dedicación a la Medicina llegó tardíamente, a los 30 años. Lo impulsó entonces el Dr. Alfredo Vásquez Acevedo, Rector de la Universidad, quien lo apreció al concursar para la Dirección del Instituto Normal de Varones, recién fundado. Corría el año 1890.

Ya estudiante de Medicina, donde se desempeña con soltura, se ayudaba como profesor en la Escuela de Artes y Oficios; en la primitiva de 18 de Julio y Caiguá. Allí enseñó Física e Historia Natural, para lo cual estaba plenamente capacitado.

Casado con doña Dolores Abadía, fundó un hogar prolífico, con 10 hijos. Padre de familia, lo alcanzó la epidemia de difteria, matándole un hijo.



Prof. Dr. Francisco A. Caffera

Así se explica que al recibirse de médico, en 1894, su Tesis versara sobre esta enfermedad infecciosa. Dedicó este trabajo de síntesis -ahora de interés histórico- al Dr. Alfredo Vásquez Acevedo y señora. Fueron padrinos los Dres. Pouey y Ricaldoni.

Analizando la Tesis "Algo sobre el tratamiento de la difteria", empieza destacando la inutilidad de este esfuerzo y el de cualquier Tesis en estas condiciones obligatorias. Admite que la suya la sacó de revistas francesas y unos pocos casos comunicados por Pouey y Quintela. Trae seis historias clínicas.

Empieza historiando la difteria desde la antigüedad; luego el silencio de la Edad Media, para reaparecer, por el 1500, como garrotillo en España.

Trae la biología del bacilo diftérico, según Loeffler y Pfeiffer. Analiza los medios preventivos; la desinfección ambiental, que era la misma contra la escarlatina; los cuidados con los cadáveres; y agrega una observación personal, de cuando perdió a dos de sus alumnos escolares, contagiados en el velatorio de otro compañerito. Así nos enteramos de que, por estos

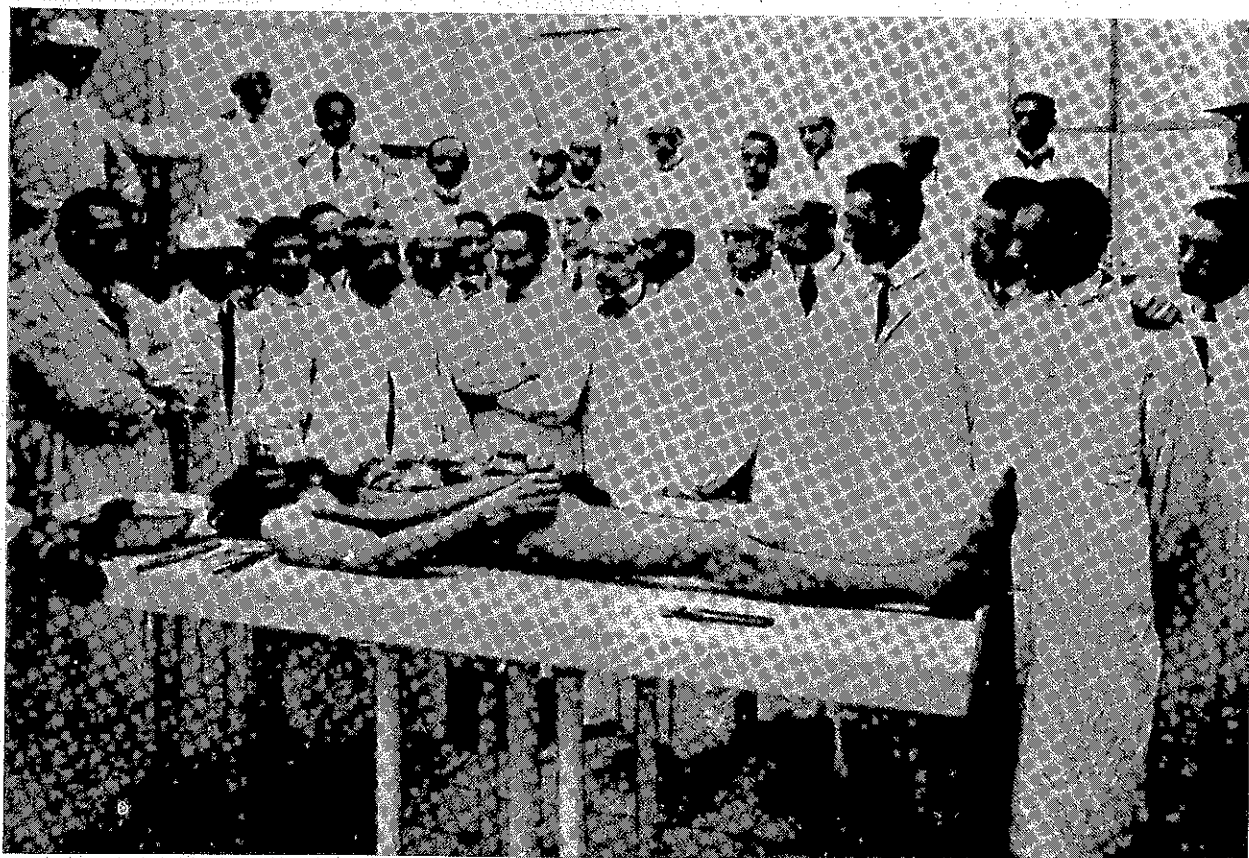
tiempos, era Director de la Escuela de 2º Grado N° 2, en el Centro.

Obtiene estadística del Anuario Municipal, del año 1885 al 1893. Concluye que por cada 100 diftéricos mueren 41. Los meses de mayo a setiembre eran los de mayor mortalidad, y fue máxima entre 1887 y 1888.

Entra a analizar los distintos tratamientos, todos locales, incluyendo la traqueotomía que empezaba a hacerla el Dr. Cassanello. El descubrimiento del suero por Roux recién se comunicaba al Congreso de Budapest el año 1893.

Recorre las medidas ambientales de fumigaciones con canela, eucalipto y gotas de ácido fénico; y los toques con sublimado corrosivo o con ácido fénico sulfúrico que resultó mal tolerado por la enferma del caso VI, una mujer de 42 años, de la calle Maldonado, la cual murió a los diez días de bronco-neumonía.

Concluye esta Tesis, que un tratamiento eficaz no debe dar más de 10% de mortalidad; y que lo ideal sería la vacunación.



Caffera explicando una autopsia en presencia del Prof. Dr. Arturo Lussich y un grupo de médicos y estudiantes

II

La vocación docente fue para él el motor. Lo llevó a fundar con Nicolás Piaggio y Abadía el *Liceo Uruguayo*, de corta vida, en un caserón de la calle Florida frente a Paysandú. Los acompañó en esta aventura don Tomás Claramunt, quien tenía su Instituto en la calle Cerrito. Mientras, venía dando clases de Secundaria en el Colegio San Francisco, de la calle Canelones e Ibicuy.

En 1897 se llamó a concurso para la Cátedra de Anatomía Patológica, materia que ya había desarrollado el Dr. Leopoldo como un agregado a Histología Normal, y no pasando de las láminas de los libros; nada de preparaciones.

Concurrió él solo y obtuvo el cargo de Profesor Interino. Entonces se puso a organizar el primer Laboratorio de Anatomía Patológica con material del de Histología, sin ayudantes técnicos y sin orientación. El solo, autodidacta. Fue durante el Decanato del Dr. Elías Regules.

Volvió a concursar en 1912, obteniendo así el cargo de Profesor Titular, ya en propiedad, como se decía en esos tiempos. Fue nuestro primer anatómopatólogo.

No abandonaba su tarea escolar. Era, por entonces, vocal del Consejo de Instrucción Primaria; pronto pasaría a dirigirlo.

Por el 1900 fue designado Inspector de Instrucción Primaria, con la peregrina oposición de quienes dijeron que un médico no debía serlo porque llevaría contagio a las escuelas. Insólito argumento de falsa cultura, que llegó cerca del Presidente Cuestas, y lo tuvo a punto de renunciar. Cuestas lo confirmó en el cargo, porque comprendió la enormidad esgrimida. Así se pensaba entonces de los médicos. Se desempeñó allí hasta 1908.

Hay iconografía de esa época que lo muestra como un hombre grueso, con sus enormes mostachos que recién modeló en sus últimos años. De aire y trato bonachón, llevaba la blusa de médico desabrochada, como si le estorbara en sus movimientos. Gran matero, su caldera y mate lo acompañaban cerca de donde trabajaba.

Mientras fue Maestro de Autopsias ejercía como Perito en los Tribunales. Pronto advino como Director del Laboratorio Central de las Clínicas, en 1912, que organizó con la base del anterior de anatomía patológica. Ocupó su Dirección hasta 1924, cuando debió jubilarse por el límite de edad.

Pero no por mucho tiempo, pues en 1927 volvió como Director Honorario del Laboratorio del Instituto de Neurología. Le cupo suceder a Ricaldoni en la Dirección del Instituto.

La muerte lo sorprendió en su ley, junto a su microscopio, en la mañana del 3 de mayo de 1933. Dejó viuda y siete hijos vivos, nueras y nietos.

III

Su labor científica fue original en nuestro medio: autor de trabajos sobre Dermatitis Exfoliativa, Sarcoma angio-neurótico, Tumores cerebrales.

Dejó honda huella en sus discípulos y en quienes ocasionalmente lo conocimos ya al término de su vida; en 1929 aún examinaba Fisiología.

Hombre inquieto intelectualmente, sin haber viajado y ya maduro estudió idiomas; y además de los corrientes en nuestra carrera -francés e inglés- poseía el alemán y aún podía leer el ruso.

Su paso fue el de un sabio humanista a la altura de Larrañaga, con la serenidad de un profesor europeo trasplantado a estos pagos.